

Autorretrato

REYNALDO VELÁZQUEZ

Mi conflicto con el espejo data de mi primera infancia. Desde entonces sufrí un impacto que me dura hasta la actualidad. Fue la sensación de un fraude, de un engaño; a uno le alimentan más o menos el ego pero tarde o temprano se impone la sinceridad del espejo. Naturalmente, mi primera reacción fue eludir la contemplación intencional. El problema fue que cada vez fueron aumentando las posibilidades incidentales de toparme con esta presencia y por absurdo que parezca me sobresaltaba (me sobresalta) invariablemente. En aquel tiempo lo atribuí piadosamente a mi individualidad. La verdad es que me daba mucha envidia ver que la mayoría de los niños de mi edad podía observarse con naturalidad ante cualquier espejo a la pasada, sobre todo si llevaban una prenda nueva. Yo mismo compartía su entusiasmo pero jamás quise asomarme a compararla la imagen. Hasta la fecha no me gusta revisar el resultado de cualquier combinación. Me visto de memoria para evitar el mal rato.

Por otro lado, el autorretrato me gustó desde antes de dedicarme formalmente al dibujo. Entre los trece y los quince años me nació la curiosidad de hacer un registro de los cambios que se producían en mí y a la vez fue un intento de familiarizarme de una vez por todas con ese personaje que por sus señas no me abandonaría jamás y que me sería siempre tan contradictorio. Fue un fracaso porque además ya tenía yo la capacidad para distinguir los rasgos de que estaba compuesto mi rostro. Entonces tuve una idea morbosa y desdichada: observarme con dos espejos de modo que el uno corrigiera lo que el otro invirtió. Así lo hacía mi hermano cuando quería saber si estaba bien peinado por atrás. Las consecuencias fueron desastrosas pues descubrí que mi perfil no coincidía con mi frente ni era yo como lo sentía desde aquí adentro. Sobrevino una nueva sensación: como que vivía yo dentro del casco (la cabeza) de un desconocido que no logré identificar. Exactamente lo que pasa cuando uno escucha por primera vez la propia voz en una grabadora y piensa que el aparato está descompuesto. Des-

de luego, todo este tráfico de experimentos lo realizaba a escondidas, en lo más íntimo del secreto. No hubiera yo tolerado la humillación de ser descubierto. Sin embargo, una vez que comencé a dibujar, indagué que muchos otros habían sentido también la inquietud de la autoobservación de modo que mi desasosiego se mitigó un poco. Por aquel entonces empecé a pensar lo contrario: en lugar de suponer una originalidad absoluta descubrí que mi tipo era producto de repeticiones y que incluso los cartílagos de la nariz están debidamente contados y numerados en los libros de anatomía. ¿Qué gano con esto? Muy claro: que mi parecido a un autorretrato no es estricto sino que se viste de estados de ánimo de los que el espectador no se hallará nunca al corriente. De todos modos y en favor de una sinceridad absoluta, pienso que el autorretrato ejecutado en técnicas que no corrigen la inversión del espejo es un diálogo cerrado entre el autor y su imagen, mientras que cuando se ejecuta con cualquier técnica de grabado, la copia, por constituir una inversión de la placa, nos devuelve el diálogo abierto en dirección del espectador. En teoría, este fenómeno debe facilitar la penetración en la psicología del autorretratado.

Todo lo anterior no significa que yo haya superado la extrañeza ante mi propia imagen. Mi sufrimiento pasó a otra escala. La siguiente etapa, el siguiente drama fue la fotografía, desgraciadamente un requisito tan común, necesario y falso en nuestra época. Así como antes mi interior protestaba ante la falsedad de mi imagen en el espejo, ahora protestaba ante la estampa fotográfica o todos sus subsecuentes productos por absurdos. Desgraciadamente, son tan indiscutibles sus imágenes que prácticamente son los testimonios que sobreviven de la actualidad, aunque yo digo que sobre una foto de Gauguin o de Van Gogh se acumula el tiempo mientras en cualquiera de sus autorretratos no ocurre ningún cambio. En fin, que mis palabras no pueden ser un testimonio definitivo. ♦